

# ÚLTIMA RUMBA EN LA HABANA

Fernando Velázquez Medina



Ediciones Baile del Sol



Apdo. Correos, 133. 38280 Tegueste. Tenerife. ISLAS CANARIAS  
<http://www.bailedelsol.org> - E-Mail: [bailesol@idecnet.com](mailto:bailesol@idecnet.com)

El día que maté a Juan el Muerto, que lo volví a matar, el aire tenía una consistencia caliginosa tan adicta como algunas visitantes asiduas al solar de Ángeles, esa casa solariega trocada hoy, ahora, en su propia excrecencia. Mi abuela Fé decía, sentada en una recia mecedora que soportaba, impasible, sus trescientas cincuenta libras, decía que esas mujeres eran de ampanga, palabra que aún hoy no he logrado definir nítidamente, pero sospecho con desgana un significado oscuramente salaz.

Ese verano en que el Muerto volvió a morir, el zaguán del solar resultaba tan cálido que recordaba al infierno cantado por Benny Moré —*ese calor de infierno / que me abrasa la frente*— y se confundía en mi mente con los rumores de su agonía.

Sentada en la escalera de madera semipodrida que asciende hasta las cuatro piezas donde vivían mis padres, abuelos y tíos, memorizaba al *Bárbaro* entrando al solar en compañía de tío Junio y sus ecobios Cuquito y Carlos Embale, los vecinos de enfrente. De enfática risa, alto, todos los hombres suelen ser altos en nuestra infancia, con la pasa planchada, se había mostrado en el cine mediante una difusa película mexicana y las mujeres andaban bobitas detrás del negro. ¡El Bárbaro del Ritmo! ¿Cómo se pudo morir un tipo así?

Sigo sentada y veo, de veras, entrar a mi tío: pero viene solo, de cargar y descargar sacos de chícharos de los barcos y estibarlos en las bodegas de los almacenes. Todavía los ñañigos controlan los muelles; son más fuertes que la madre de los tomates. Mi tío pasa, me toca la frente y dice: en boca cerrada... y sigue su camino

por la escalera. Regreso esa tarde de muerte, pues, a pensar en las musarañas, vuelvo a pensar en el Benny; *Bonito y sabroso* bailan el mambo las mejicanas. En las películas de Tin Tan salen las mejicanas bailando el mambo bastante bien pero nunca como las negras de Jesús María, esas culonas: ¡a gozaaá!, grita el Benny, ¡a gozaaá!, y los hombres señalan a una mulata blanconaza que tiene el maletero atestado de carne... ¡Asesina, acaparadora!, le dicen bajito. Y: te estás pudriendo de buena. Ella ríe y las carcajadas se oyen en la catedral. Sigue remeneando el culo, las caderas, el nalgadorio envuelto en un pantalón adornado de flores traseras; otro entonces, con cara de necesidad apremiante, le pide prestado el jardín ese, el rosal de allá atrás, por un ratico mami, total, él se lo va a devolver, sólo lo quiere para regarlo.

Un tipo de ampanga.

La mujer que entra al solar también debe ser de ampanga. Parece que la atrae el cuarto de Juan el Muerto, pienso y siento un palpito leve, como de carrera perdida, sin embargo sus ojos distraídos me ven a un costado del patio, sentada en el mismo peldaño donde solía hacerlo su hijo. Ella es la madre de Delfin, la delfina madre, músculos bajo la piel dorada, sin los rollos de grasa que exhiben la mujeres, como Cuca, la mujer de mi tío, que no es gorda pero tiene salvavidas de grasa en la barriguita y las tetas pesadas, según abuela de tantas chupeteadas que le han dado los cinco hijos, y las que le da mi tío, digo yo.

La madre delfina a Singapur. Toda ella es una escenografía, que me ignora, olímpicamente —olimpiada de desaires— me da la espalda y, mirando arriba, a la retahíla de tubos y tablas podridas que soportan el suelo de la sala de mi abuela, se dirige a la escala, como la que usan los pigmeos africanos, por donde se sube a la barbacoa de Cuca.

Cuca le dicen a la querida de tío Julio, que primero no, luego quién sabe. Esa era Fe, *diç* que no le gustaba porque la mujer se había dedicado, una era, a servir en alma y cuerpo, sobre todo en

cuerpo, a los parroquianos del bar Luis, el de la esquina de Ángeles y Gloria.

El agujero engulle a toda la mujer y aún sigo viéndola en mi memoria jugando al tenis con Delfín, ambos vestidos de blanco: de blanco los zapatos, de blanco los *shorts*, blancas medias y *pullovers* blancos sobre la piel blanca que se va dorando bajo los rayos del sol, madurando la piel que se pone del color del pan crujiente, un color que no voy a olvidar nunca, mirados por Fabián que lleva una raqueta bajo el brazo, también de blanco él, siempre de blanco, como si no se cansara de la albura continua del uniforme y quisiera llevarlo consigo hasta cuando viste de civil. Años después vi la misma escena en la película *El Jardín de los Finzi Contini*, y lloré como una idiota recordando cómo había matado a un hombre por esa extraña familia de la nueva clase, aunque yo esas cosas entonces no las sabía. Una, a pesar de todo, tiene momentos de debilidad.

El techado voladizo de mi escalera otorga una sombra calliente y atractiva para las moscas. Ellas se detienen en las pieles de chivo que Angelito, el carpintero que vive en una habitación frente a la escalera, en medio del patiezuelo, seca estiradas sobre marcos de madera colgados en la pared: tal vez esos cueros serán parte de un tambor cuyo redoble acompañe a Carlos Embale, su voz cabalgando sobre los truenos del toque, trashumando ambos una larga distancia.

Angelito duerme la siesta en su cuarto, pulcro y oloroso a virutas de madera. Siempre escapa a mis recuerdos el oficio o beneficio de Angelito antes de verlo alisando bolos y forjando taburetes, lleno de pequeñas partículas de madera, lento y sabichoso como un lemur. Truenan las guaguas más allá del portalón tachonado de clavos de bronce, una puerta cochera que anhelo me acompañe en los viajes y avatares que me esperan. Pero eso es hoy, en tierras de bruma y frío; por entonces creí que el portón me guiaría, acaso, toda la vida, hasta dejarme sana y salva en el mejor

lugar del mundo. Sin saberlo, repetía el mantra sagrado: soy inmortal y no puedo ser dañada.

Ese fatalismo budista, de personaje radiofónico, me llevó a la venganza contra Juan, casi sin pensarlo, porque todo está escrito. Quizás la lectura demorada de Karl May y Dumas, y el encuentro con Delfín, señalaron ese obligado final de opereta que sigue avergonzándome, no por un deplorable dilema moral, los tiempos y realidades de mi patria me enseñaron a desdeñar esas distracciones que conlleva la culpabilidad. Según habíamos estipulado —deseo creer que yo conté para algo tan siquiera un breve momento, pero la obtusa realidad me desmiente— en aquella época sangrienta, la muerte de otro no significa nada si existe una causa justa y yo creí tener la sanción del destino para hacer de jueza, sin intuir que la verdad absoluta es en realidad una verdad obsoleta.

Rodeada por la silenciosa cautela del edificio en ruinas, comencé a caminar hacia la entrada del cuarto de Juan, oculta por una cortina conquistada, ha tiempo, por las cucarachas. Al pasar al lado del fogón a carbón, de hierro fundido, que tenía fuera del cuarto, cogí un mazo de palo brasil con el que se golpeaba los cuchillos, para ayudarles a trincar la carne endurecida. Saqué de los bolsillos de mi viejo pantalón la cuchara que había estado afilando, durante días, contra el liso suelo de cemento. La excitación me hizo pensar en las dos mujeres que, seguramente, se besaban, desnudas, sobre la misma cama en que las sorprendimos, sorprendidos, avergonzados, Delfín y yo; Cuca, con hilachas en la lengua, atragantada, los senos erizados, con un refajo de seda alzado hasta las caderas, abiertas las piernas donde delfina madre liba los humores. Siempre existirá una vez primera para admirar un sesenta y nueve, las cabezas insertas entre las piernas ajenas, avanzada la lengua como un insecto que desea penetrar una flor. Acaso sea lo mismo.

Miro la habitación, de paredes desconchadas, impresa en la retina una falsa imagen de las mujeres que encima de mi cabeza tiemblan mientras se aman. Devastada por el miedo, Cuca se jus-

tificó una vez: esa mujer me gusta mucho, como a ti su hijo. ¿Verdad que te gusta su hijo? Pues yo la quiero como si fuera un hombre, más que a un hombre porque a mí no me gustan ellos. Son sucios, te aplastan, te enferman, te dejan parir sola. ¡Pero coño, son los que tienen el dinero! ¿Tú entiendes, verdad?, y me ponía la mano, la misma con que le acariciaba los senos a Delfina madre, en el hombro, deslizándose al sur, bajando muy suave, casi mejor que cuando me toca mi tío. Casi. A mí no me interesa eso, dije, aunque me sentía de lo más caliente y una cosquillita me subía y bajaba por el vello púbico, la pendejera recién salida. Todavía siento el ardor de la mano bajando por la tira del ajustador mientras llego al costado de la cama de Juan, un catre, encima del cual el anciano bujarrón sigue durmiendo, boca abierta y ojos en blanco, como en esos momentos, cuando algún niño —niños no, los de la calle son muchachos, no niños, me regañaban mis mayores— del solar Zelaya pone la cabeza entre sus piernas, abarca su viejo miembro con la boca y chupa con asco y avaricia, por un puñado de pesos. Calabaza, por ejemplo, que se la da de guapo, cuando no tiene dinero viene a verlo, a chupársela. Por eso le endosé el remoquete de Yuya Mamasuave, por la maestría desarrollada en los lengüetazos que le he visto dar a Juan.

Empuño la cuchara, con el corazón galopando sobre la tierra, la pongo en ángulo recto en el medio del pecho, justo al lado izquierdo del botón de la camisa desastrada con la cual duermo, levanto el mazo de madera y lo dejo caer sobre la pala de la cuchara, como cuenta Papo, el presidiario, que hacían en el principal de la Comedia, la cárcel del Castillo del Príncipe. El mango afilado se hunde con silencioso estrépito, el hombre da un grito y casi se sienta en la cama, que cruje ante tanta exigencia; el muerto agarra violentamente la cuchara y la saca de un tirón junto con un chorro de sangre negra, fascinante como un príncipe negro, menciona mi cerebro y repite mi lengua. Juan cae lentamente sobre el camastro, pero lo hace mal, mientras yo, hipnotizada, le veo realizar todo lo que pensé que haría al morir. Siento que estoy soñando

y la sangre salpica todo alrededor, pero, extrañamente, no a mí; sí a mis zapatos de suela de goma. Sonámbula, salgo del cuarto al pasillo y nada se oye. Restriego los zapatos en una tela raída, llena de antiguos residuos terrosos; tomo el lienzo y lo lanzo al techo de seculares tejas catalanas. Regreso sobre mis huellas invisibles y me detengo ante la escalera de Cuca, subo despacio, escalón por escalón, tratando de no hacer ruido. Cuando asomo la cabeza las mujeres están a cierta distancia una de otra y vuelven los rostros, como en una lámina de un cuadro que todavía no conozco, pero veré reproducido en las páginas de cualquier texto de arte: testas femeninas en escorzo, mirando con sorpresa e inquietud algo o alguien fuera del cuadro, un nuncio de peligro, quizás un niño indiscreto. Una de ellas se interroga con la mano, la piel color canela como la limeña de Chabuca Granda, quizá sólo un efecto de la piel bañada por luces artificiales en este ámbito —para mí irreal: Delfín no lo ha visto— detenidas en el espacio y el tiempo por un pintor que se recrea, se refocila, en los sentimientos inquietantes; así quedan ellas, graciosas, plásticamente hermosas, la de cuerpo pesado, Cuca, no desmerecería a una modelo de Rubens. Delfina madre, esbelta como un violín, aristocrática e inconsútil sería un Greco; pero no, yo ignoro aún esos pintores, sus paletas. Lo que en verdad estoy pensando mientras sonrío, las saludo y me acerco a ellas, lo recuerdo aquí y ahora, en este New York delirante —un animal llevando en sí todos los sexos transcurre ante mí, en la Cuarenta y tres y la Octava, con la chaqueta abierta, exhibiendo sus senos perfectos, rodeada de viciosos amoraes, capaces de ayuntar con un sidoso por una piedra de crak— donde he visto jóvenes de aspecto viril, bajo su macilenta piel, dar un beso francés, a la salida de la marqueta, a un gordo mugriento cuyos bolsillos revientan de dólares.

Lo descubierto entonces y revivido ahora, con un estremecimiento de placer, es: qué fácil resulta matar.

La noche es cálida y sensual, noche de calor tropical; si tú quieres nuestro amor recordar, busca, por la orilla del mar, tu nombre que grabé en la arena. El septeto de Ignacio Piñeiro suena en algún lugar cercano y escucho la voz de Carlos Embale, clara como el aire a pesar de los dos rones que se empina antes de grabar. Lo recuerdo junto a un Delfín, anterior a su desgracia, en una descarga. Bajo, diminuto casi, enviaba una racha de sonidos para encantar a los espectadores, mientras Amadito, que más tarde trabajó con el cuarteto Las D'Aida, tocaba el batá con denuedo o lo acariciaba con dedos nostálgicos y lejanos, como si la música y él tuvieran un pacto secreto.

Tocaba con belleza que entonces no pude apreciar, deslumbrada por la voz premonitoria de Carlos que decía una canción de los Matamoros: *Que aparezcan la piña y los melones también, la naranja de china que me robaron ayer / que aparezcan la piña y los mameyes también y el melón de castilla que me robaron aquí / que aparezcan la piña y los ladrones también, porque a mí me dijeron que el ladrón fue Fidel*, y después el coro risueño: *que aparezca aquí la piña mía y ese blanco grande que se la robó*; y de colofón: *se la llevo, se la comió...*, ¡ladrón! Pero eso fue en los lejanos tiempos de la niñez, cuando todavía se podían hacer esos chistes.

Su voz está hoy en los auriculares de la grabadora que cargo, cantando un sucesu, esa música constreñida a Isla de Pinos: *camarón, camarón busca leña pa cocinar, yo no sé para qué tanta leña pa cocinar*; una voz de mujer suena al fondo y repite con él: *camarón, camarón busca leña pa cocinar, candela ya se avvicina, porque tú no paras de*

*luchar, porque así me manda madrina: busca leña pa cocinar. / Candela viene corriendo, corriendo tiene que andar, oye bien lo que está diciendo: busca leña pa cocinar. Es un clarinete lo que se oye, una voz distinta, inapreciable, que yo escuché tantas veces de niña sin saber que en un futuro esos sonidos serían famosos: camarón no busca leña / camarón quiere gozar, sucusucu ya va y lo enseña y lo suelta para bailar / su baile bueno él te enseña, sucusucu ya no ilusión/ sucusucu sólo se empeña quien lo baila con emoción. Andá.*

Camino por el malecón oscurecido y llevo en mis oídos a Carlitos Embale, como aquella noche en que cantó con Delfín, cuyo nombre también me habla, como esta tarde desde las páginas de un Donoso, *Cuatro para Delfina*, en el que encontré, diluida por el tiempo y la memoria, una de mis propias historias. Allí andaba, pavoneándose, mi Delfín particular, heredero de la corona, aguilucho desplomado rodeado de palabras que aspiran a un gramo de infinito.

Camino por placer, porque el malecón es mío por herencia putativa; mi abuelo trabajó aquí hace tiempo, en algún recoveco de este largo muro aparece su nombre grabado en el concreto: Domingo Chacón. Ando y desando entonces con mi maldad a cuestras cuando surge, cuento de hadas, el italiano, sentado de espaldas al mar, a cierta distancia de un grupo de turistas que miran el desfile de las mujeres: las habaneras, siempre exhibicionistas, han paseado durante decenios por el Malecón y el Paseo del Prado para el deleite gratuito de los machos.

Cuando, mostrando un filo de nalgas, empinadas gracias a mis breves *shorts* y las sandalias de tacón que obligaban a proyectar las tetas bien al frente, la cintura partida, quebrada para mostrar un hermoso e incitante culo, pasé delante de ellos, el joven, envarado, me dijo algo en una lengua franca que bien podía pasar por castellano. Lo miré y vi, entonces, las facciones infantiles que siempre busqué en los hombres pero el tiempo creía haber lavado de mi memoria. ¿Cuántas veces, por antojo o juego, deseé reco-

brar los ángulos y líneas de su rostro? Sollozaba entonces a pesar de saber que Delfín se escapó de mis ansias, a causa de sus propias pasiones.

El italiano se desconcertó ante mi atención y mis palabras: ¡Delfín!, casi en un susurro. Su rostro, plagio involuntario, me observó estático y eso fue, mucho más tarde lo entendí, decisivo para mí tras los años pasados en la cárcel vadeando el amor de las mujeres. Aunque su nombre sea tan sólo un incidente —probablemente falso, pero ello no tiene la menor importancia— elegiré llamarlo Vassari, en honor de tiempos felices.

El mar rielaba una vez y otra atrapando las incautas luces de la costanera y el rayo cansado del Morro. Él caminaba a mi lado, primer cliente que lograba desde la salida de la cárcel. Los nervios me recordaron la verdadera primera vez, hace años, cuando la ventura me sonrió en los labios de un marino griego y yo, ingenua que soy, me sentí una Circe. Hoy está presente el mismo estremecimiento entre las piernas, más deseo de orinar que ansias carnales, mientras los pies se me entumecen por la presencia de un varón, triunfo mínimo ante la competencia de sedosas nínfulas, niñas de escuela primaria que el clima dota, tempranamente, de formas tropicalmente obscenas; ellas miran con ironía desde sus posiciones de reinas de la noche cubana, en tanto rodean en coro a los turistas. Veo una cara conocida: Yahama, una chinita hija de una amiga, catorce desgarbados años, toca la entrepierna de un señor y le pide chicles y dólares. Frente a nosotros, en el parque Maceo, una valla afirma:

LA JUVENTUD EN MARCHA HACIA EL 2000. EL RELEVO ESTÁ SEGURO

Entrar al hotel, al enorme salón que hace las veces de recepción y tiene un aura de lujo anterior a la guerra —a la de ellos, los amos del mundo en Europa, no a la de nuestros escipiones africanos ni la triste guerrilla inflada que adormece nuestros calendarios—, me causa una euforia de alcohol mezclado con hongos alucinógenos, explosivo bebido al lado de un mexicano amigo —¿de quién?—, unos meses antes de que me enviaran a la prisión. Salimos del ascensor en un piso intercambiable y recorremos el pasillo que se me figura, memoria cinematográfica, idéntico a los del Palacio de Invierno ruso. La habitación modera mi nerviosismo: cama amplia, bebidas pasables: un *Don Perignon* que deja receloso a Vassari, preguntándose, inmerso en la tenue luz que la luna nos depara, por qué esta fácil caribeña sustituye el ron por bebidas civilizadas y costosas.

Pero se encima la verga de Giovanni, liberada del acoso mínimo del calzoncillo, aplastando mis nalgas contra el no tan suave colchón, quién lo diría. Abro las piernas y tomo la llave para enfrentarla correctamente a mi cerradura, mientras la frotación contra mis vellos públicos me retrae a la lengua de la China, no el mandarín, sino la lengua de mi mandarina, mi jefa en la prisión. Sus movimientos entrecortados rozan mi conciencia, el recuerdo de la sargento, sus senos colgando sobre mi cara, entrando en mi boca sus oscuros pezones, las leves mordidas en el cuello y su voz ronca ordenando, machorra: ¡mete el dedo!, llevan mis manos inconscientes hasta la fosa del hombre, y mi dedo, que en un inicio sólo acarició su ano, profundiza de golpe en su intimidad: una

atmósfera de acre olor y un grito me detienen expectante: todo movimiento queda suspendido durante unos segundos en tanto miro el rostro demudado del ítalo, pero entonces él comienza a bombear con fuerza inaudita y siento que una gran dicha viene bajando por mi cuerpo a su encuentro. Ahora son dos los dedos que introduzco en profundidad y lo hago caer debajo, lo muerdo en el pecho y acaricio su interior mientras él se desvanece casi y los dedos son como sierpes entrelazadas dentro de una hoyo estrecha que se contrae una y otra vez cuando él se viene ¡Aaaah!, y se despatarra como un muñequito sobre la cama.

Quien esté acostumbrado a fumar cigarros cubanos, los más fuertes del mundo, siente náuseas cuando enciende uno europeo. Los años de dudosa reeducación habían alejado el hábito de los cigarrillos perfumados: *Ducados*, *Camel*, *Gauloise*. En la cárcel sólo conseguía unos con nombre de partido izquierdista: *Populares*, creados, como si fueran Frankenstein, con el detritus de las cosechas, destinados a la morralla que poblábamos las prisiones... y la calle.

Casi feliz, con un billete de cincuenta dólares en mi poder y el estómago harto, planeo mi incursión en el mercado negro. Vassari duerme encogido, con una mano sobre mi seno izquierdo y la otra entre las piernas, resguardando su pinga de los malos ojos.

En el exterior, la noche seguía su marcha, infalible y extraña para quien faltó durante años a sus violentos cambios de ritmo. La desfachatez de las niñas que se cruzaron con nosotros, sus apetecibles cuerpos envueltos en lycras adheridas a la piel, el mercadeo de sexo al aire libre, evidente, no me libraron del miedo a los policías que, enfundados en sus sempiternas guayaberas, vigilan toda zona turística y cobran derecho de pernada o exigen información y dinero contante, que no sonante. Ellos moran, como una infección venérea, en los bajos de todo hotel: cerca de la recepción, bajo las palmeras borrachas de sol o en el interior de un auto donde retienen a las muchachitas y jovencitos que no pagan, ofrenda-

dos como prueba, de su denodada lucha contra el delito, ante los ojos de las instancias superiores.

Escurto la cara del durmiente y no logro encontrar los rasgos que una vez me fascinaron en Delfín; el rostro de fastigio, alto y afilado, coronaba la silueta delicada que, tiempo después de su pérdida, yo asociaba con algunas construcciones vistas en un libro del italiano Argan: la casa en la cascada, un templo corbuseriano o algunos edificios del Bauhaus que llevan en su seno inquietante parecido con los cajones de viviendas de La Habana del Este. De algún modo, este rostro es más un bronce de orador cuyas facciones delatan el vicio sistemático y, de traducirse en estilo arquitectónico, equivaldría al mentido barroco habanero, ése que la profesora Eliana Cárdenas solía presentar con cautela en sus clases, poniendo en duda las afirmaciones del Dr. Weiss.

El escrutinio me fatiga tanto, tanto, como el ejercicio nocturno, y duermo soñando con un cuerpo que no es el que está a mi lado, un lejano cuerpo destrozado, adolescente cuerpo perseguido, pero al intentar besarlo veo a Juan el Muerto, las líneas se confunden y estoy sobre el camastro de Ángeles 216, enredada en sus piernas al igual que lo estuviera Delfín una vez, mis ojos aterrorizados, a pesar de dar la espalda en improbable postura, ven desde arriba el enorme falo negruzco de Juan entrar y salir de mi hueco en tinieblas y siento las antiguas desgarraduras que otro cuerpo sufrió, me asfixio envuelta en las mantas de este tuberculoso, el terror me corroe, siento los miles de bacilos que me atosigan y sumergen sus caparazones ponzoñosos en mis vasos, venas, aurículas, matriz, hiel: escupo y voy a vomitar a causa del hedor que sale del ayuntamiento, de la enorme boa que se babea, anidando en mi intestino, contaminándolo; algo se desenreda en mi cuello cuando ya estoy muerta y, con un último espasmo, despierto gritando.

Las sábanas que Vassari descuelga de mi pescuezo y el frío, hediondo sudor del miedo, arruinan el amanecer de este día que

debía marcar mi renacer. Soy inmortal y no puedo ser dañada susurro una y otra vez mientras mi pintor me acaricia y repite, en un castellano rebotante de zetas, que me calme, todo ha sido un mal sueño, caramba. Repite las cosas una y otra vez y noto que su lenguaje parece el de uno de esos cómicos que remedan el habla castellana en la radio y la televisión.

Reitero la letanía: soy inmortal, soy inmortal, soy inmortal, hasta que el latir de mi pulso se aminora, se aleja la posibilidad de un infarto, no voy a morir ahora, ahora no, no hoy. Serena, me ensarzo de nuevo con Vassari y finjo, gimo, grito: ¡Ay, niño, ay, niño! Todavía queda gente por matar, matarile ríe ríe.

Niños han pasado por mi cama; infantes parecidos a esos que muestran sus cojoncillos al aire en museos, veredas marítimas o plazuelas de palacios, formando osados conjuntos escultóricos de Roma o Versalles, pintados o esculpidos por afamados pederastas, pedófilos que laboraban con bendición eclesial. Divinos niños que inmortalizaron amores prohibidos, pero buscados, por Gonfaloneros y Eminencias; mis gustos son tan rancios como los de cualquier hombre nuevo —pioneros por el socialismo... *seremos como el Ché: asmáticos*— que suele deambular por las calles en el auto de su padre, o el de su amante amigo, en tanto canta con genuina razón—: *tengo un amor en La Habana / que es almirante y embajador/ y me quiere tanto/ tan grande es su amor/ que cada mañana desde La Habana/ me manda un barco con una flor*—. Siempre he creído, mal pensada, que esa canción se la compuso Pablo Escobar a su amigo el almirante Aldo Santamaría Cuadrado.

En la mañana las calles están llenas de gente expectante, que se reúne en las esquinas para comentar el desvío, hacia el norte, de una lancha de pasajeros, aquella que viaja de Regla a La Habana. En principio creo que es un chiste: desde niña ésa era la broma suprema: hasta las lanchas de la bahía van a irse y el último, que apague el Morro. Pero no, es en serio. ¡Se están llevando las barcas que viajan por la bahía!

Quien vea esas embarcaciones en la película *Fresa y chocolate*, y a Mirtha Ibarra, sentada en el parque del Anfiteatro de La Habana, alegre —quizás no sabe que su esposo, Titón, el director de la película, vivirá apenas otros dos años o tal vez lo olvidó— señala hacia el mar y grita: ¡La lanchita de Regla! ¡Vamos a cogerla!, no imagina que ahora ese parlamento de Senel Paz se torna subversivo, terrorista, odioso y reaccionario, una nota escéptica dentro de la historia histórica que nos envuelve, agravada por el hambre y la nebulosa creencia en los altos destinos, como se cree en los números de la lotería o en la predestinación: con obstinación y renuncia. Renuncio a la tolerancia porque nadie la ha utilizado conmigo: mujer, apolítica, gozadora y medio negra, lo cual es ya exceso (es sexo), jodía completa. Descreo de las feministas y los sindicatos, los clubes y las logias, de las poetisas con declaraciones de principios e intenciones de año nuevo. Nada ocurre como prejuzgamos y el destino se resuelve en esferas desconocidas.

Interrogar al destino es un vicio masoquista del cual aún no he podido librarme, aunque alguna parte de mi ser me advierte que igual pudiera preguntarle a un ciego por el orden del arco iris. Ahí está la cárcel, mi apresamiento y condena, anunciadas repetidas veces por los caracoles y las cartas. ¿Casualidad reafirmada por mi adhesión a cobrarles a los machos? Los pregoneros apostaron, tal vez, a las estadísticas: tanto va el cántaro a la fuente que adivinar la rotura no resulta una hazaña. Los libros me han perdido para lo esotérico, soy una de las jineteras que menos cree en esas cosas: santos, aparecidos, magias, sueños —a pesar de Borges—, laberintos que se terminan en callejas polvorientas y pozos secos repetidos mil veces en espejos invertidos. La eternidad pintada por Magín Pérez es una clepsidra entre dos espejos enfrentados y afrentados, que la repiten hasta el cansancio. A pesar de todo creo que iré a ver a mi madrina para que me invente un futuro, me bañe con hojas de abrecaminos y azúcar, haga un *embó* y ayude a encadenar a este *condottieri* con su larga lanza y gustos

sospechosos, pero con un pasaporte, un pasaporte? ¡Un pasaporte, reconño! Que me prepare una infusión de agua de bollo con gotitas de menstruación y hierbas. Yo no creo en nada pero, por si acaso, hay que estar en todo, porque que aquí, hasta entre los comunistas, mi «elermanita», el que no corre, vuela.